

JOHANN KARL WEZEL
ROBINSON KRUSOE

PRIMERA PARTE

(1779)

PREFACIO

De un modo totalmente casual, me vino a la mente que el año pasado emprendí un trabajo de refundición del *Robinson* inglés para las *Negociaciones pedagógicas*, y aún más inesperadamente me veo ahora en la situación de engrosar los actuales productos feriales con un *Robinson Krusoe*.

En un dilatado anuncio, el señor Campe alabó a fines del año pasado el *Robinson* en cuanto panacea para combatir todas las aflicciones anímicas, y lo recomendó muy en particular como una excelente receta contra la fiebre sentimentalista dominante, que él esperaba sofocar de raíz en las jóvenes almas. En general, yo había tenido al aventurero inglés por un tipo bueno y honesto que podía llegar a divertir gracias a su singular destino y una particular mezcla de timidez y coraje, simpleza y prudencia, de bondad y crueldad; pero con sorpresa descubrí de pronto que, sin saberlo, tenía en mis manos un verdadero arcano literario. Y como poseía sobre él el derecho de la primera toma de posesión, no podía dejar que otro me arrebatara la posibilidad de prestar un tan importante servicio a nuestra nación; de modo que me apresuré tanto más para poner en manos del público —cuanto antes, mejor— la alabada receta milagrosa¹.

Entretanto, a fin de no despertar sospechas de charlatanería, quiero reconocer humildemente que no le atribuyo ni a mi *Robinson* ni a nin-

¹ El sentimentalismo (*Empfindsamkeit*) contra el que, en efecto, Campe polemiza en el «Prefacio» de su novela usando el *Robinson* de Defoe como propaganda, es un fenómeno histórico-literario y sociológico que en Alemania se extendió entre la década de 1740 y la época del *Sturm und Drang*; sus rasgos principales son la focalización en los sentimientos y la glorificación de valores burgueses como la virtud, la amistad y el novel casto. Si en sus comienzos gozó de gran aceptación, desde mediados de la década de 1770 se convirtió en objeto de la crítica, muchas veces en forma satírica.

gún otro en el ancho mundo un efecto tan grande como el que exigiría la curación de una enfermedad nacional; ni siquiera creo que pueda servirles a los niños como resguardo contra el falso sentimentalismo. Al menos, no podría hacer mucho contra la naturaleza y el ejemplo, pues el sentimentalismo contemporáneo no es un mal artificial causado meramente por ciertos escritos, sino que en su mayor parte es una enfermedad natural. La causa primera y principal reside en las sustancias corrompidas del cuerpo, en el modo de vida, en los alimentos, en las costumbres; todo esto lleva al debilitamiento de las vísceras —que son la fuente verdadera del sentimentalismo— por sobretensión y reposo, las hace irritarse de un modo irregular, con lo cual se vuelven sensibles al más suave contacto con cada idea. El gran número de personas hipocondríacas e histéricas que ha surgido así dio origen, en primera instancia, al sentimentalismo alemán. Cuanto más en exceso se tome café en una ciudad, cuanto más se recluyan sus habitantes en sus cuartos debido a peleas familiares citadinas, costumbres rígidas e insociables, al orgullo o a otras causas, cuanto más disfruten de comidas y bebidas apetitosas, irritantes y adormecedoras, sin conocer más que divertimentos sociales resecos, tanto más imperará entre ellos el sentimentalismo. Luego, dependerá del tipo de ideas y libros que más circulen: si se leen muchos libros de oraciones y escritos teológicos, el sentimentalismo se calza las ropas de la beatería, del fanatismo y de la devoción; si se prefieren los libros morales llenos de virtud, filantropía y compasión, entonces se envuelve con la capa de la virtud; si se consideran las novelas e historias de amor, el enojoso amor se entromete. De modo que los médicos y libreros nos pueden dar noticia de cuánto sube en cada sitio el termómetro del sentimentalismo y cuál es su vestido a la moda en la respectiva ciudad: la religión, la virtud o el amor. A esta fuente principal del sentimentalismo únicamente le pueden poner trabas los médicos y aquellas personas que influyen por su ejemplo en las costumbres y los modos de vida; los escritores no han hecho más que orientarlo hacia otro objeto. Antes, al sentimentalismo alemán lo representaba el pietismo; los *Pensamientos nocturnos* de Young lo convirtieron en supuesta devoción poética; las novelas de Richardson, esas galerías de caracteres ideales y lugares comunes morales, lo transformaron en estrechez moral; el *Viaje sentimental de Yorick*

nos proporcionó un nombre para una cosa que existía hacía ya mucho y fue más influyente sobre los escritores que sobre los lectores, pues el autor había hecho una frívola jugarreta mezclando ingenio en su estilo sentimental; finalmente, por medio de historias melancólicas y novelas dulzonas, se convirtió en amor melancólico y juguetón². La inclinación al sentimentalismo está en el temple del espíritu alemán; cuanto más se expanda en nuestros escritos el tipo de entendimiento que es modificado por el ingenio, tanto más se tensarán los resortes de la cabeza en el lector y se morigerará aquella inclinación al sentimentalismo o, al menos, este será conducido a una senda más sensata. Todo aquel que piense más de lo que sienta ha de comprender con facilidad que el esfuerzo de afinar de otro modo las cuerdas del espíritu nacional es algo que merece la pena: hasta el momento, todas las naciones que han brillado con su literatura lo han hecho a través del entendimiento y el ingenio, pero ninguna por obra del sentimiento.

Es indiscutible, así pues, que hay algo en lo que el escritor puede contribuir a limitar el exceso de sentimentalismo. A la sensibilidad

² El pietismo es un movimiento religioso luterano fundado en Leipzig por Philipp Jakob Spener a fines del siglo xvii; organizado en torno a pequeñas comunidades, proponía un vínculo más íntimo y emocional con Dios que el establecido por la Reforma, esto es, una suerte de «religión del corazón». En Alemania, el divulgador más importante del pietismo fue el conde Ludwig von Zinzendorf, que creó la famosa comunidad de los «Hermanos Moravos». El ensayo *The Complaint, or Night Thoughts on Life, Death and Immortality* (publicado en nueve partes, entre 1742 y 1745), de Edward Young, fue traducido al alemán en 1751 y entre 1760 y 1769. El término «*joy of grief*», acuñado por Young, se difundió luego en Alemania a través del pietista Zinzendorf y fue muy popular en el sentimentalismo alemán. El escritor inglés Samuel Richardson es el autor de *Pamela, or Virtue Rewarded* (*Pamela o La virtud recompensada*, 1740). La forma epistolar, mediante la que el lector tenía acceso a los sentimientos más íntimos de la protagonista, pero también de otros personajes, hizo a esta novela enormemente popular en toda Europa. La expresión del sentimiento va siempre unida, en ella, a una vindicación de la virtud burguesa. La novela *Sentimental Journey through France and Italy* (*Viaje sentimental por Francia e Italia*, 1768), de Laurence Sterne, fue traducida al alemán en el mismo año de su publicación por Christoph Bode, quien la tituló *Yoricks empfindsame Reise des Herzens* (*El viaje sentimental del corazón de Yorick*). Este título dio nombre a una corriente de ideas (la *Empfindsamkeit*) cuyo auge, en realidad, ya había pasado.

afectada la ha de azotar con la burla más impiadosa y amarga, de modo que huya de su risa como el Diablo de un libro de oraciones. A la no afectada, que se originó en el carácter y fue conducida en una u otra dirección mediante la lectura, a fin de devolverla poco a poco a sus límites naturales al interior de la nación y sus miembros singulares, habrá de escribirle libros que contengan el único antídoto contra aquel exceso: el entendimiento y el ingenio; y ha de proporcionarnos cuadros de la verdadera vida del hombre y de todas sus obras en una mezcla tal de entendimiento y sentimiento como la que ha dispuesto la naturaleza en las almas bien templadas.

A fin de prevenir la imitación por parte de los jóvenes que están creciendo y aprestarlos a una afinación más adecuada del espíritu, no conozco otro medio más que seguir el principio al que he procurado retrotraer la totalidad de la educación: «Desarróllense todas las fuerzas en la misma medida equilibrada, y tanto como lo permitan la naturaleza de cada sujeto y la situación política»³. Esta es la tarea del pedagogo; si el escritor quiere también hacer lo suyo para lograr tal finalidad, debe realizarlo por supuesto por medio de un libro que empuje a los hombres de la pasividad a la actividad; pero el *Robinson* es demasiado flojo para eso. Tiene que ser un libro que contrapesese con imaginación, ingenio, entendimiento y espíritu poético a todos los que han expandido el sentimentalismo; que contenga un ejemplo de una actividad grande, noble y pujante que pueda ser imitada por todo joven; que tense el resorte de la grandeza humana, el honor; un ejemplo lleno de nervosidad, espíritu, sentimiento robusto, viril; un carácter compuesto de los dos elementos principales de un alma grande: un elevado modo de pensar y un corazón sensible, sin la menor perfección idealizada, cargado de debilidades y defectos, pero un alma que esté en pleno equilibrio. Este carácter debe ser conducido a través de una serie de sucesos verosímiles, sin extravagancias de ningún tipo, de modo tal que tropiece todo el tiempo, que a menudo caiga por exageración de sus buenas cualidades, acercándose así al hundimiento

³ El autor cita su propio primer ensayo, *Präliminarien über deutsche Erziehung* (*Preliminares sobre la educación alemana*), publicado en el número del primer trimestre de 1778 de la revista *Pädagogische Unterhandlungen*.

e incluso al delito, pero que sea capaz de reincorporarse en virtud de su espíritu activo, robusto y viril. Que luche con la pasión, la fantasía, los hombres y el destino, y que, sin embargo, se abra paso con incommovible perseverancia hacia su objetivo final, el de influir sobre una parte considerable de quienes están a su lado por medio del trabajo útil, del modo en que es posible hacerlo en nuestro mundo y con nuestro modo de organización. Tan solo un libro así, que haya sido creado a partir del mundo actual, que nos exponga costumbres, pasiones, hombres y acciones con sus motivaciones a partir de la propia experiencia y no de principios morales... Que le pinte al joven un cuadro verdadero de la vida humana, del juego de las pasiones, los anhelos, deseos y necedades, de las ilusiones engañosas de la imaginación y el sentimiento, de la felicidad que estos proporcionan y de las desgracias que acarrearán, y que lo haga con colores agradables pero no exagerados, y que le proporcione así a los jóvenes un conocimiento del ser humano que solo podrían obtener más tarde por propia experiencia y con los consiguientes daños... Que no dibuje a la virtud como un hada madrina y al vicio como un diablo, sino a aquella como una mujercilla débil, frágil y obediente, pero tierna, y a este como a un deslumbrante tramposo que recurre a la fuerza cuando no lo socorre la astucia... Tan solo un libro así, templado según el mundo real, digo, tensará poco a poco los relajados nervios del alma de un modo nuevo, en cuanto un libro sea capaz de hacerlo. Por cierto, los fortachones⁴, que actualmente (¡gracias a Dios!) parecen haberse quedado dormidos a causa de una sobreexcitación, también tenían la intención de tensar las cuerdas del ánimo nacional y hacerlo más viril y riguroso, pero la actividad que predicaron, por lo general por medio de su propio ejemplo alborotado, no fue más que delirio febril, golpes en el aire, valentía fanfarrona: nunca una fuerza guiada por el entendimiento y el honor.

El *Robinson*, colocado en su verdadera perspectiva, en función de la cual lo he reelaborado, es una historia de la humanidad en pequeño, un retrato en miniatura de las diversas etapas que ha ido atravesando el ser

⁴ Alusión irónica a los integrantes del *Sturm und Drang* y su noción de un genio que crea a partir de la fuerza de la naturaleza. El movimiento dejó de existir, prácticamente, con el traslado de Goethe a Weimar en 1776.

humano; de cómo la necesidad y las circunstancias casuales han dado lugar a cada una de ellas, generando las condiciones u obligando a que se dieran en cada caso las invenciones necesarias; de cómo los deseos, las pasiones y las fantasías fueron creándose gradualmente a partir de las situaciones externas. Lo que he intentado es señalar e introducir con claridad en la propia historia estos estadios del desarrollo, siempre en la medida en que el plan del original me lo permitía. No parece ser el caso de que Defoe haya tenido realmente esta idea filosófica, y su sombra habrá de perdonarme que le haya agregado poéticamente algo en lo que él quizás no pensó. La concentración de la historia, su orientación en dirección al objetivo recién mencionado, la invención, disposición y colorido de algunas escenas naturales, la reorganización de algunos sucesos, el tono y la marcha del relato son todos méritos en torno a mi aventurero sobre los que puedo atribuirme derechos con toda razón; lo restante le pertenece a su primer autor.

En cuanto libro de lectura para niños —tal era su determinación original—, acaso se podría dudar respecto de si el tono es siempre adecuado para la capacidad de comprensión de la edad infantil, y sobre todo si se lo compara con el modo en que hoy en día los escritores hablan a los niños; pero aún si en la reelaboración no he tenido en mente al público infantil, de todos modos creo que se podría usar mi librito a ese fin. Debería estar prohibido incitar a las personas de capacidades normales a la lectura como pasatiempo antes de la edad de diez o doce años, si ninguna inclinación particular las atrae a este tipo de diversión; de lo contrario, surgen personas sedentarias, filósofos de gabinete que no valoran las cosas según las impresiones naturales que estas causan sobre sus órganos, sino a través de los prejuicios aprendidos, sobre todo porque muy raramente los libros son algo más que colecciones de prejuicios. Los juegos dinámicos, que ponen en circulación la sangre y la fuerza vital, y que vivifican a los sentidos, deberían constituir el pasatiempo de la primera edad, añadiendo la lectura propia de modo gradual cuando la actividad anímica suele despertarse y reñir con la física; es allí cuando hay que intervenir en la disputa y procurar inclinarla para ventaja de la primera, rebajando al cuerpo al rango de acompañante obediente y dándole la primacía al espíritu incluso en las diversiones. Así que para esta fase etaria estuvo pensado en un primer

momento mi *Robinson*, y su utilidad debía abarcar hasta aquellos años en que el joven llega a conocer las pasiones y sus diversos efectos, los juegos del corazón humano y del mundo, las costumbres, los tipos de caracteres y acciones de los hombres; y este conocimiento debería serle proporcionado por las propiamente así llamadas «novelas».

Los libros para estos primeros años de la lectura —de los doce a los dieciocho— tienen que, por un lado, despertar la reflexión y proveer de hechos fácticos a la cabeza, pues estos son, como se sabe, los elementos del conocimiento humano; y, por el otro, mostrar aquellas pasiones que la naturaleza desarrolla a esa edad, con sus consecuencias positivas y negativas. Ni los niños ni los jóvenes deben ser máximas morales vivientes, sino ser moralmente sensatos, y para tal fin no conozco ningún otro medio más que el de presentarles los afectos y pasiones en el orden en que la naturaleza los despierta en ellos, de modo que puedan advertir con claridad lo bueno y lo malo de sus efectos; luego el joven puede sentirlos, puede litigar y pelear tanto como lo quiera su naturaleza, y sufrir más o menos daños a causa de ellos según lo permita la mayor fuerza o debilidad de su razón, la mayor o menor intensidad de sus deseos. El prohibirle al joven los cuadros de amor es, para hablar de forma moderada, falta de inteligencia y cortedad de miras, pero preservarlo de todo conocimiento unilateral de la pasión amorosa es prudente e imprescindible. De ahí que siempre se está dispuesto a exigirle al poeta que sea él quien ponga remedio a este mal y no proponga un cuadro unilateral, sin pensar o saber que las descripciones unilaterales constituyen una necesidad ineludible del poeta, en particular en las obras pequeñas, como el drama. El objetivo en pos del cual trabaja el poeta es el mejor efecto poético, y para ello emplea los medios que, según su parecer, lo producen. Si la obra que resulta de seguir estas reglas daña casualmente a tal o cual sujeto, aquel puede hacer tan poco como el querido Dios, que hizo de las pasiones, el dolor y la carencia de estímulos para la más útil actividad, aunque para algunos devengan en causas de la infelicidad y el vicio. En las obras mayores, como lo son las novelas, se puede exigir un poco más afanosamente del poeta no ya que sacrifique el efecto poético al fin moral, sino que, allí donde pueda, los haga mancomunarse. No hay ninguna cosa sobre la Tierra que sea útil o dañina en términos absolutos: si ha de ser lo uno o lo otro, depende

de la constitución del hombre que recibe una impresión de aquella. Pero ¿cómo puede un poeta ponerse a pensar si acaso un joven débil de mente o de corazón o que ya esté corrompido toma en sus manos su libro y lo lee en perjuicio suyo? Incluso el plato más inofensivo resulta un veneno para el cuerpo que está lleno de jugos ruinosos, e insalubre para el estómago débil. El poeta ofrece un trozo de mundo, y el moralista tan solo puede pedirle justificaciones si su pintura no es fiel a las causas y efectos de las acciones, caracteres y pasiones. Si deja que un hombre que nos ha sido presentado como honorable en vista de su entendimiento se entregue al vicio, o hace que la concupiscencia aguce su ingenio y robustezca su cuerpo, entonces que se lo tilde de mentiroso, pues ha mentido a la naturaleza y a sus lectores; pero nadie puede enfadarse con él por que permita que los vengativos disfruten del instante de la venganza o que los enamorados se extasíen, porque lo contrario no sería el caso en la naturaleza. El público del poeta está conformado por personas de entendimiento y corazón sanos, y el pedagogo es injusto si le endosa otra cosa; en las obras menores tan solo puede ofrecer descripciones unilaterales, y el pedagogo ignora la necesidad y la limitación del arte poética, si es que lo reprocha por eso. Es asunto del educador el formar, a partir de estos cuadros unilaterales diversos, un conjunto completo para instruir a su pupilo; a la lectura, por parte de su educando, de un poema, una narración o un drama en los que el amor, la melancolía y el sentimentalismo están representados por su lado más atractivo y resplandeciente, el educador debe hacer seguir inmediatamente otros ejemplos en los que se muestre el reverso de estas cosas: el modo en que amargan la vida, expanden la confusión y el desorden entre los seres humanos y socavan la felicidad; y el joven tiene que ser o muy necio o estar ya muy arruinado, si no extrae para sí, en un momento de calma, una pequeña regla de prudencia. La bondad moral no puede ser desarrollada por ningún pedagogo o poeta en sujetos en los que la naturaleza no haya colocado la disposición para ella; pero todos son capaces de un cierto grado de prudencia moral: pueden aprenderla tanto de poetas como de pedagogos, que les proporcionan un conocimiento completo de los hombres y del mundo.

Con tanta mayor inequidad los aficionados en materia de arte les echan en cara a los poetas el empleo de caracteres insensatos y viciosos;